

46. *Compasión más fuerte que pasión.*—Hay casos en que la compasión es más fuerte que la pasión misma. Sentimos, por ejemplo, más disgusto cuando uno de nuestros amigos se hace culpable de alguna ignominia, que cuando nosotros mismos lo hacemos.

Y es porque, desde luego, nosotros tenemos más fe que él en la pureza de su carácter; y porque nuestro amor hacia él es, sin duda por causa de esta fe, más intenso que el que él se tiene á sí mismo. Aun cuando en el hecho su egoísmo sufra más que nuestro egoísmo, pues, que debe soportar él las consecuencias de su crimen con mayor fuerza que nosotros, lo que hay en nosotros de no egoísta—esta palabra no debe nunca entenderse estrictamente, sino sólo como una facilidad de expresión—está más mortificado por su falta, más fuertemente, que lo que hay en él de no egoísta.

47. *Hipocondría.*—Hay hombres que se vuelven hipocondríacos por simpatía é inquietud por otra persona; la especie de piedad que nace entonces debe tenerse como una enfermedad. Existe también una hipocondría cristiana de que son atacadas aquellas gentes solitarias, presas de la emoción religiosa, que se ponen continuamente ante los ojos la pasión y muerte de Cristo.

48. *Economía de la bondad.*—La bondad y el amor, que son las hierbas y las fuerzas más saludables en la sociedad de los hombres, son hallazgos tan preciosos, que debería, sin duda, anhelarse que la aplicación de esos medios balsámicos se hiciese con la mayor economía posible. La economía de la bondad es el sueño de los utopistas más aventurados.

49. *Benevolencia.*—Entre las cosas pequeñas, pero infinitamente frecuentes, y por consiguiente, eficá-

simas, á las cuales la ciencia debe consagrar mayor atención que á las grandes cosas raras, es necesario contar la benevolencia; me refiero á esas manifestaciones de disposición amistosa en las relaciones, á esa sonrisa de la mirada, á esos apretones de manos, á ese buen humor, de que por lo general casi todos los actos humanos están rodeados. Todo profesor, todo funcionario hace esta adición á lo que es un deber para él; es la forma de actividad constante para la humanidad, es como las ondas de luz en que todo se desenvuelve; particularmente en el círculo más estrecho, en el interior de la familia, la vida no reverdece ni florece sino por esa benevolencia. La cordialidad, la afabilidad, la política de corazón, son derivaciones siempre resultantes del instinto altruista, y han contribuido mucho más poderosamente á la civilización que aquellas otras manifestaciones más famosas del mismo instinto, que se llaman simpatía, misericordia, sacrificio. Pero se tiene el hábito de estimarlas poco: y el hecho es que en ello no entra mucho altruismo. La suma de esas dosis mínimas no es menos considerable; su fuerza total constituye una de las fuerzas mayores. Así se encontrará mucha mayor dicha en el mundo que no viendo con mirada sombría; quiero decir, si uno hace bien sus cálculos y no olvida esos momentos de buen humor de que todo día está lleno en toda vida humana, aun en la más atormentada.

50. *El deseo de excitar la piedad.*—La Rochefoucauld pone, ciertamente, el dedo en la llaga en el pasaje más interesante de su *Propio Retrato* (impreso por primera vez en 1658), cuando despierta los recelos de todos los hombres racionales contra la piedad, cuando aconseja relegarla á la gente del pueblo, que tiene necesidad de las pasiones (puesto que la ra-

zón no fija sus rumbos) para dejarse conducir á prestar alivio á los que sufren y á intervenir con energía ante una desgracia; toda vez que la piedad, según su criterio (que es también el de Platón), enerva el alma. Se debería, dice, *dar testimonio* de la piedad, pero precaverse de tenerla, puesto que los desgraciados son, hablando claro, *tan tontos*, que un simple testimonio de piedad basta para que ellos lo reciban como el mayor beneficio.

Tal vez se pudiera alcanzar mayor precaución contra tal sentimiento de piedad, si en lugar de concebir esta necesidad de los desgraciados como una necesidad y un defecto de penetración, como el decaimiento de espíritu propio del desgraciado (y La Rochefoucauld parece que lo concibe así), se la viese como algo diferente, muy digno de reflexión. Se nos argüirá que se observa que no pocos niños gritan y lloran para despertar la compasión, aguardando el momento de revelar su situación; que vivimos rodeados de enfermos y de hombres de espíritu deprimido, y que debemos preguntarnos, en consecuencia, si las quejas, y los lamentos, y la exhibición del infortunio no persiguen, en el fondo, *el fin de hacer mal* á quienes fijan su atención en ellos. Hasta podría decirse que la compasión manifestada en tales casos, si es un consuelo para los débiles y los que sufren, es á la vez causa de que vean en ella por lo menos un derecho y quizá un *póder*, á despecho de su propia debilidad: *el poder de hacer mal*. El desgraciado siente una especie de gozo en el sentimiento de superioridad, que le da á conocer el testimonio de piedad; su imaginación se exalta; se halla, pues, bastante poderoso siempre para causar dolores en el mundo. Por lo tanto, la sed de excitar la piedad es sed de gozo del propio yo á costa de

nuestros semejantes. Exhibe al hombre en toda la brutalidad de su amor propio, pero no precisamente en su «necedad», como pensaba La Rochefoucauld. En cualquier tertulia, tres cuartas partes de los temas de conversación, y tres cuartas partes de las respuestas, tienen por objeto hacer algún daño, por pequeño que sea, al interlocutor; esta es la causa por la que muchos hombres tienen verdadera sed de vivir en sociedad: la sociedad les da el sentimiento de su fuerza. En esas dosis, infinitas en número, aunque muy pequeñas, la maldad se manifiesta como poderoso medio de excitación para la vida; así como la benevolencia, esparcida en la sociedad humana en forma análoga, es el medio de salud que siempre está pronto. Pero habrá muchas gentes honradas que confiesen que hay placer en hacer el mal, que no es raro que se viva—y se viva bien—ocupándose en causar desazones á otros hombres, á lo menos con el pensamiento, y en disparar sobre ellos esta granada del menudillo de la maldad. La mayor parte de ellos son demasiado malvados, y algunos demasiado buenos para que entiendan una sola palabra de este *pudendum*: unos y otros negarán siempre que Próspero Merimée tenga razón cuando dijo: «*Sabed, en fin, que no hay nada más común que hacer el mal por el placer de hacerlo.*»

51. *De cómo el parecer se transforma en ser.*—El comediante no puede dejar, aun en medio del más profundo dolor, de pensar en su persona y en el efecto del conjunto escénico; hasta en el momento de la inhumación de su propio hijo, por ejemplo, su dolor y su llanto tendrán manifestaciones propias de su modo de ser, considerándose á sí mismo su propio espectador. El hipócrita que tiene que desempeñar siempre

un papel, acaba por no serlo, del mismo modo que los sacerdotes, que, por lo general, son en su juventud, consciente ó inconscientemente, hipócritas, acaban por connaturalizarse con su carácter, y es entonces cuando se hacen verdaderamente sacerdotes, sin afectación alguna; y si el padre no llegara al término que se ha propuesto, tal vez el hijo, que aprovecha del adelanto paterno, heredará su hábito. Cuando un hombre quiere porfiadamente *parecer una cosa*, acabará por serle muy difícil *ser otra*. La vocación de casi todos los hombres, incluso los artistas, comienza por hipocresía, por la imitación de lo exterior, por copiar lo que causa efecto. El que lleva sin cesar la careta del disimulo amistoso, tiene que acabar por enseñorearse de aquellas actitudes benévolas, sin las cuales la expresión de la cordialidad no puede encontrarse; y cuando, á su vez, lleguen éstas á apoderarse de él, entonces *será afable por completo*.

52. *El grano de honradez en el engaño*.—Entre los grandes engañadores, es necesario notar un fenómeno, al que deben su poder. En el acto propio del engaño, entre todas sus preparaciones, en el carácter conmovedor impreso á la voz, á la palabra, á los gestos, en medio de todo ese aparato escénico poderosísimo, están dominados por *la fe en sí mismos*: y esta fe es la que entonces habla á los que le rodean con aquella autoridad que participa del milagro. Los fundadores de religiones se distinguen de estos grandes engañadores en que no salen jamás del estado de engaño de sí mismos ó apenas tienen momentos de clarividencia en que la duda les asalta, y por lo común entonces buscan consuelo atribuyendo esos momentos al maligno que es su adversario. Es indispensable el previo engaño de sí mismos para que aquéllos y éstos pro-

duzcan efecto de grandeza. Los hombres creen en la verdad de todo lo que ha sido creído por otros con evidencia y con firmeza.

53. *Pretendidos grados de verdad*.—Uno de los errores de lógica más comunes es éste: alguien es verídico y sincero para con nosotros, luego dice la verdad. Así es como el niño cree en los juicios de sus padres, el cristiano en las afirmaciones del fundador de la Iglesia. Del mismo modo, no quiere aceptarse que todo lo que los hombres prohibieron en los siglos pasados, al precio de su dicha y de su vida, no eran sino errores; cuando más, se dirá que fueron grados de verdad. Pero, en el fondo, se piensa que si alguno ha creído de buena fe y ha combatido y muerto por su fe, sería demasiado injusto que á ello le hubiese impelido un puro error. Tal fenómeno parece estar en contradicción con la justicia eterna, y de allí que en los hombres sensibles el corazón se empeñe siempre en sostener, contra la cabeza, esta proposición: que entre las acciones morales y la clarividencia intelectual tiene que existir un lazo necesario. Desgraciadamente no es esto así; la justicia eterna no existe.

54. *La mentira*.—¿Por qué los hombres, en su mayoría, dicen la verdad, la mayor parte del tiempo? Ciertamente que no es porque Dios haya prohibido la mentira. Es, primero, porque la verdad les es más fácil; la mentira exige invención, disimulo y memoria; he aquí por qué dice Swift: «el que lanza una mentira, rara vez se da cuenta del pesado fardo que echa sobre sí; para sostenerla necesita soltar otras veinte». Es, en segundo lugar, porque en circunstancias normales ofrece más ventajas hablar con franqueza: «quiero esto, quiero aquello», y así en todo. Y es, en tercer lugar, porque el camino del restringimiento y de la au-

toridad es más seguro que el de la astucia. Sin embargo, por poco que un niño se haya educado en circunstancias domésticas complicadas, se vale *siempre* de la mentira y dice involuntariamente lo que conviene á su interés: el sentido de la verdad, la repugnancia á la mentira en sí, le son de todo punto extrañas é inaccesibles, y miente con la mayor inocencia.

55. *Sospechar de la moral por miramiento á la fe.*
—Ningún poder logrará sostenerse si está representado sólo por hipócritas; la Iglesia católica posee todavía hermoso número de elementos «seculares», su fuerza reside en esta especie de sacerdotes, numerosos aún, que hacen vida penitente y de severa austeridad y cuyo extenuado aspecto nos habla de ayunos y de vigiliias, de oraciones fervientes y quizá, sí, hasta de flagelaciones; son ellos los que inquietan á los hombres y los obligan á pensar si *será necesario* vivir del mismo modo: tal es la horrible cuestión que en la mente despierta su presencia. Al sembrar tal duda no dejan ni por un momento de enclavar nuevos sostenes para su poder; hasta los mismos pensadores no se atreven á decir siquiera á estos hombres separados de ellos mismos, con la ruda franqueza del sentido de la verdad: «Pobres engañados, no tratéis de engañar.» Sólo los separa cierta diferencia de puntos de vista, no diferencia real de bondad ó de maldad; pero lo que no es amado es en la práctica tratado con injusticia. Así es como se habla de la malicia y del arte execrable de los jesuitas, sin considerar cuánta violencia tiene que hacerse á sí mismo cada jesuita y cuántas privaciones se impone; puesto que la práctica de vida cómoda que predicán los manuales jesuitas debe aplicarse no á ellos sino á la sociedad laica. Hasta podría preguntarse si nosotros, los amigos de la

luz, teniendo organización y táctica semejantes, seríamos tan buenos instrumentos, alcanzaríamos victorias tan admirables sobre nosotros mismos de infatigable actividad y abnegación.

56. *Victoria del conocimiento sobre el mal radical.*
—Para todo aquel que quiere hacerse sabio, es rico filón el haber abrigado, durante algún tiempo, el concepto del hombre malo y corrompido por naturaleza: este concepto es falso como el opuesto, ha dominado durante períodos enteros, y las raíces han echado ramales hasta nosotros y en todo el mundo. Para *comprendernos*, es necesario *comprenderle*; pero para ascender todavía más, es preciso que le hayamos afirmado. Entonces reconocemos que no hay pecados en sentido metafísico, pero que tampoco hay virtudes en el mismo sentido; que todo este dominio de las ideas morales está continuamente en eterno vaivén; que hay conceptos más altos ó más bajos del bien y del mal, de lo moral y de lo inmoral. Quien no busca en las cosas sino conocerlas, llega fácilmente á vivir en paz con su propia alma; cuando más, podrán achacarse á ignorancia, difícilmente á concupiscencia, sus errores (pecados que dice el mundo). Ya no querrá ni excomulgar ni extirpar los apetitos; pero ese fin único, que le domina por completo, de *conocer* en todos los instantes, tanto como le es posible, le dará la sangre fría que necesita y suavizará todo lo que haya de salvaje en su naturaleza. Hállase libre, por otra parte, de multitud de ideas mortificantes, no queda ya impresionado por las palabras sobre las penas del infierno, sobre el estado del pecado, sobre la incapacidad del bien: no las reconoce sino como sombras vagas de falsos conceptos del mundo y de la vida.

57. *La moral considerada como autonomía del hom-*

bre.—Un buen autor que pone realmente su alma en su producción, desea que cada uno le reduzca á la nada; exponiendo el mismo asunto con mayor claridad y dando respuesta definitiva á todos los problemas que lleva consigo. La doncella amorosa desea someter á prueba en la infidelidad del ser amado, la fidelidad abnegada de su propio amor. El soldado desea sucumbir en el campo de batalla en favor de su patria victoriosa, puesto que en el triunfo de la patria encuentra el triunfo de su propia suprema aspiración. La madre da al niño lo que se quita á sí misma, el sueño, el mejor alimento, y en algunos casos su salud, su fortuna. ¿Pero son estos actos manifestaciones, estados altruistas del alma? ¿Son *milagros* estos actos de moralidad, porque, según la expresión de Schopenhauer, son «imposibles, y sin embargo reales»? ¿No es cierto que en estos cuatro casos el hombre tiene preferencia *por algo de su ser*, una idea, un deseo, una criatura, antes que *por otro algo de su mismo ser* también, y que, por consiguiente, *secciona éste* y sacrifica una parte de él en favor de otra? ¿Hay algo esencialmente diferente cuando un hombre de mala cabeza dice: «Prefiero verme arruinado que ceder á ese hombre un paso de mi camino?» La inclinación á alguna cosa (deseo, instinto, anhelo) se encuentra en cada uno de estos cuatro casos, y ceder á ella, con todas sus consecuencias, no es altruismo. Moralmente, no se trata el hombre como un *individuum*, sino como un *dividuum*.

58. *Lo que se puede prometer.*—Puede prometerse acciones, pero no sentimientos, porque éstos son involuntarios. Quien promete á otro amarle siempre ú odiarlo siempre ó serle siempre fiel, promete algo que no está en su mano poderlo cumplir; lo que puede prometer son actos ó manifestaciones, que si ordinaria-

mente son consecuencia del amor, del odio, de la fidelidad, pueden también provenir de otras causas; puesto que caminos y motivos diversos conducen á una sola acción. La promesa de amar á alguno significa, pues, lo siguiente: mientras que te ame, te mostraré pruebas de mi amor; si dejara de amarte, continuarás, no obstante, recibiendo de mí iguales manifestaciones, aunque por motivos diferentes: de manera que en concepto de los demás hombres persista la apariencia de que el amor será inmutable y siempre el mismo. Así, pues, el hombre promete la persistencia de la apariencia del amor, cuando sin cegarse voluntariamente, promete amor eterno.

59. *Inteligencia y moral.*—Es necesario tener muy buena memoria para que seamos capaces de retener las promesas hechas; es necesario que se tenga gran fuerza de imaginación para ser capaces de sentir la compasión. Tan estrechamente se halla la moral ligada á la bondad de la inteligencia.

60. *El deseo de vengarse y la venganza.*—Concebir un pensamiento de venganza y realizarlo, equivale á padecer un fuerte acceso de fiebre; concebir un pensamiento de venganza sin tener ni el esfuerzo ni el valor necesario para realizarlo, equivale á sufrir un mal crónico, una especie de envenenamiento del cuerpo y del alma. La moral, que no mira sino á las intenciones, aprecia los dos casos de la misma manera; vulgarmente se aprecia el primer caso como el peor (á causa de las malas consecuencias que puede producir el hecho de vengarse). Una y otra apreciación son por extremo limitadas, propias de quien no mira lejos.

61. *Saber esperar.*—Saber esperar es tan difícil, que los más grandes poetas no han desdeñado tomar por asunto de sus poemas el hecho de no saber espe-

rar. Así lo han hecho Shakespeare en *Otelo*, Sófocles en *Ajax*: el suicidio de Ajax no hubiera parecido á Sófocles necesario, si hubiera dejado calmar su impresión solamente un día como indica el oráculo; seguramente que hubiese hecho burla de las terribles insinuaciones de la vanidad herida y se habría dicho hablando consigo mismo: ¿Quién no ha tomado, en mi situación, un carnero por un héroe? ¿Hay en ello algo de monstruoso? Por el contrario, en esto no hay sino un hecho generalmente humano: Ajax hubiera podido así consolarse. La pasión no quiere esperar: lo trágico en la vida de los grandes hombres consiste no en su conflicto con su época y con la poquedad y bajeza de sus contemporáneos, sino en su incapacidad para postergar su obra un año ó dos años. No saben esperar. En todos los duelos los amigos que aconsejan tratan de penetrarse de este punto único: si los duelistas pueden esperar todavía; si esto no puede ser, entonces el duelo es razonable, pues cada uno de los empeñados en él se dice: «O seguiré yo viviendo, en cuyo caso él morirá en el campo de honor, ó á la inversa». Esperar sería, en caso semejante, continuar sufriendo el espantoso martirio del honor herido, en presencia de quien lo hirió; y éste puede ser el colmo del sufrimiento, puesto que la misma vida no vale nada.

62. *La embriaguez de la venganza*.—Los hombres groseros que se creen ofendidos tienen costumbre de aumentar tanto como pueden el grado de ofensa que se les ha inferido, y de narrar sus causas exagerándolas demasiado, sólo para tener el derecho de embriagarse con los sentimientos de odio y de venganza luego que despiertan en su corazón.

63. *Valor del empequeñecimiento*.—Muchos hombres, tal vez la inmensa mayoría, tienen absoluta

necesidad, para sostener el respeto de sí mismos y cierta lealtad de conducta, de rebajar en su concepto y humillar á todos los hombres que conocen. Y como las naturalezas mezquinas se encuentran en mayoría é importa mucho que tengan esta lealtad ó la pierdan, se desprende.....

64. *El arrebatado*.—Frente á frente de un hombre que se subleva contra nosotros, debemos tomar todas las precauciones que tomaríamos en presencia de otro que haya atentado contra nuestra vida; puesto que si vivimos aún, depende de la ausencia en él del poder de matar; si las miradas bastaran para matar, ya nos habrían muerto hace tiempo. Es esta una rezaga de civilización primitiva, que consiste en imponer silencio, haciendo visible la ferocidad física y excitando el terror. Cosa análoga se ve en aquel aspecto frío que los nobles tienen al tratar con un servidor suyo: es un resto de la separación de razas entre hombre y hombre, una reminiscencia de la antigüedad primitiva; las mujeres, conservadoras de lo antiguo, han conservado más fielmente este atavismo.

65. *A dónde puede llevar la honradez*.—Alguien tenía la enojosa costumbre de explicar, cuando la ocasión se le presentaba, muy honradamente los motivos que inspiraban sus procedimientos, que eran tan buenos y tan malos como los de los demás hombres. De pronto, promovió fuerte escándalo, después despertó sospechas, y poco á poco llegó hasta ser inscrito en el índice y proscrito de la sociedad, hasta el punto de que la justicia se pusiese sobre aviso respecto de un ser tan reprobado, en aquellas circunstancias en que de ordinario la justicia no tiene ojos y si los tiene los cierra. La falta de discreción en lo que respecta al secreto general y la inclinación inexcusable de ver lo